

Ensayo: La clonación: más allá de sí mismo

Alan Omar Pérez Álvarez¹

¹Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Ciudad de México, México.

E-mail: alan_omar_alvarez-perez@hotmail.com

Resumen: En este ensayo se analiza el afán de *inmortalidad* del ser humano, no en cuanto que una característica fundamental de nuestra existencia como especie, sino en tanto que un rasgo propio del *ser occidental*; el cual experimenta el vínculo que el ser establece con la nada como una *necesidad* que sólo es superable a través de la relación dialéctica *saber/poder*. Sin embargo, este afán de lo *finito* por la *infinitud* no es más que una expresión de la falsa *identidad* que existe entre lo universal y lo particular en cuanto que la angustia del ser occidental por su propia muerte lo ha impulsado a sojuzgar, dominar y explotar a otros seres e, incluso, a la vida misma. Un caso ejemplar de lo anterior es la clonación: último reducto de esperanza para la egología occidental.

Palabras clave: Muerte, infinitud, ser occidental, Mismo y Otro, ciencia y tecnología.

Abstract: In this essay, the human being desire for *immortality* is analyzed not as a fundamental characteristic of our existence as species, but as a feature of the *occidental being*, which experiences the link that the being establishes with nothingness as a *necessity* that can only be overcome through the *knowledge/power* dialectic relationship. However, this eagerness of the *finite* for *infinitude* is nothing more than an expression of the false *identity* that exists between the universal and the particular as soon as the anguish of the occidental being by his own death has driven him to subdue, dominate and exploit other beings and even life itself. An exemplary case of the above is cloning: last redoubt of hope for occidental egology.

Keywords: Death, infinitude, western being, Self and Other, science and technology.

El afán de encontrar lo inmutable en medio de lo mudable es antiguo como la humanidad. De eso sabe occidente. Pero tener conciencia de esa oposición ya es peligroso: significa buscar lo inmutable precisamente porque se siente la angustia que da lo mudable. De esto también sabe occidente. De ahí su excesivo afán de inmutabilidad, que responde al miedo atroz ante el devenir, pero tomado como extinción en el no ser. (Kush, 1999: 160).

Introducción

La historia de la civilización moderna capitalista no es más que el afán infinito del ser occidental por la *inmortalidad*.¹ Este afán sólo es posible gracias a la conciencia *específica* que éste tiene de la muerte, de la propia y de la de otros. Esta conciencia -y, en cierto momento, conocimiento- de lo que *no-es*-de la negación de sí mismo, de la muerte o de la “nada”- está regida por la “fatalidad”, de la cual la tragedia griega es un prístino ejemplo. Para el hombre occidental, la muerte es un “destino” del que no existe ninguna salida: la relación que el *ser* establece con la *nada* se vive como una *necesidad* (Sartre, 1966: 63-64, 89 y 90). Este reino –el de lo “necesario”- se define a través de la relación *contingente* que el hombre occidental establece consigo mismo y con el mundo. El ser occidental libra una titánica batalla contra las fuerzas de la naturaleza que lo interpelan, lo controlan y lo transforman. Esta *necesidad* se cristaliza en el *no-poder* del sujeto, es decir, en su incapacidad para evitar cualquier forma de acción exógena -o hasta endógena- de la cual tenga plena conciencia, pero no *conocimiento*. Sí y sólo sí el sujeto occidental conoce el funcionamiento de lo que, en un primero momento, se le mostraba como necesario, *podrá* escapar a la “fatalidad”. Por lo tanto, la “racionalización” de *lo que es* juega un papel sustancial en la superación de la *necesidad* y en la “liberación” del ser occidental. La relación dialéctica *saber/poder* (Foucault, 2009) es la condición de posibilidad de la *inmortalidad*, en cuanto negación de lo que *no-es*, en cuanto negación de la *nada*. Pero esta “afirmación” de *lo que es* no es análoga a la *libertad*, sino a la reducción de *Otro* -la complejidad y multiplicidad de la totalidad- a *Mismo* -la simplicidad y la

¹ Aimé Césaire nos dice que “Una civilización que escoge cerrar los ojos ante sus problemas más cruciales es una civilización herida” (2006: 10). En este sentido, el ser occidental, en su afán de lo *inmutable*, se niega a reconocer una de las más apremiantes y claras dimensiones de la realidad: la muerte. Esta incapacidad le impide, al mismo tiempo, reconocer la vida y, por lo tanto, la diversidad como fenómenos constitutivos de lo real. Esto nos explica el motivo principal de la decadencia de la civilización occidental, la cual, en cierto momento, fue una de las más “jóvenes” culturas del planeta, al lograr “adaptar” y “absorber” las aportaciones filosóficas, tecnológicas, sociales, económicas y políticas, de las otras.

unicidad (Marcuse, 1968: 17-34)- con el fin de permutar *la tensión apasionada entre universal y particular* por “la falsa *identidad*” entre éstos (Horkheimer y Adorno, 1988: 166; énfasis añadido).

La batalla del ser Occidental por la inmortalidad

No es sino hasta bien entrado el siglo XVIII que la *necesidad*, como condición *sine qua non* de la relación sujeto-objeto, por primera vez se diluye de todas las esferas de la vida del ser occidental. Esta transformación es explícita en la consigna misma que da origen a la ciencia como hoy la conocemos. Para Bacon, el saber y el poder son dos caras de la misma moneda, ya que si entendemos cómo funciona el mundo, somos, al mismo tiempo, capaces de incidir en él, de modificarlo. Sin embargo, esa modificación significa, también, un proceso de *identificación* del sujeto y del objeto que no está exento de violencia; ya que al conocer la naturaleza y transformarla, de igual modo la amoldamos a nuestra *imagen y semejanza*. Hegel afirma esta *identidad*: “todo lo que es real, es racional; todo lo que es racional, es real” (Hegel, 1975: 14). Esta frase significa, por una parte, que la realidad está dirigida por un conjunto de leyes necesarias e inmutables y que, por ende, la razón puede captarlas y servirse de ellas; por otra parte, la razón, al entender y controlar las leyes de la naturaleza, transforma también la realidad, la amolda a sí misma, la racionaliza. Cuando las matemáticas explican un fenómeno, también se encargan de “matematizar” la realidad.

El conocimiento de estas leyes necesarias e inmutables de la naturaleza tiene por objetivo *liberar* al hombre europeo, por y para siempre, del reino de la *necesidad*. Cuando Kant consignó aquella frase: *sapere aude!*, él tenía por objetivo alentar a los individuos a *servirse del libre uso de la razón* (Kant, 2009: 45). Mas con ello también denotaba que la razón y la libertad son dos procesos que están estrechamente interrelacionados, ya que el sujeto, al hacer uso de su racionalidad, está, al mismo tiempo, liberándose de aquello que lo constriñe y lo reduce a un simple *objeto* de las leyes naturales. Por lo tanto, es durante el siglo XVIII que el occidental, en la filosofía, rompe con esta condición *objetiva* y se afirma como *sujeto*: es lo que Kant llamó “el giro copernicano” (2010: 23). Es decir: si el centro del pensamiento y el mundo escolásticos giraba en torno a dios, en el pensamiento moderno occidental lo es el hombre ilustrado. Es este *sujeto* ilustrado que se sirve de la razón para conocer y controlar al mundo el que ansía la *inmortalidad*.

Friedrich Nietzsche dijo un día: “¡Dios ha muerto!” (2010: 440). Pero ¿esto no es acaso paradójico? La muerte de lo inmortal, a primera vista, parece una clara contradicción lógica. Sin embargo, si consideramos la profunda violencia psíquica, sociológica y epistemológica que implicó esta transformación para el ser occidental, tal contradicción adquiere su justa dimensión. Jean Paul Sartre resume bien su efecto: la *angustia*, lo que significa el malestar que siente el hombre al enfrentarse consigo mismo y con la posibilidad de *no-ser*. El uso de la reciente *libertad* conquistada es la causa de que la *nada advenga al mundo* (Sartre, 1966: 66). El sujeto, al empuñar la daga que

asesino a dios, develó, al mismo tiempo, la conciencia del asesinato y su culpabilidad. Lo cual significa que, al ser “dueño” de sus acciones, la *justificación* ya no era admitida; que la única salida era *responsabilizarse* de dicho acto, hacer frente a sus consecuencias y *comprometerse* consigo y con el mundo (Sartre, 1966: 67-72).

Lo que demuestra la muerte del dios judeo-cristiano es que lo *absoluto* no tiene cabida en la realidad; que lo eterno, lo inmutable y la esencia, al *justificar* el actuar del ser occidental, no son los asideros de la *libertad*. Sin embargo, el *sujeto* ilustrado, al sentir la *angustia* de la que nos habla Sartre, no se responsabiliza de sus actos, sino que se contenta simplemente con sustituir a aquella entidad metafísica por otra: la Razón. Es en lo *ilimitado* de sus potencialidades que tienden hacia “el progreso” *infinito* que todo recobra *sentido* -concepción contraria a la planteada, ya que evade la responsabilidad que recae en el sujeto histórico concreto. No es coincidencia que, en el siglo XIX, junto al desarrollo del Positivismo, nazcan la mayoría de las ciencias naturales y sociales modernas occidentales. Dicho alumbramiento es la máxima prueba de confianza *en sí mismo*; la cual impulsa al ser occidental en la búsqueda de la *infinitud* y, por ende, de la *inmortalidad*. Este proceso puede explicitarse a través de un fenómeno interesante: la conquista del tiempo y espacio simbolizada por la figura del gran avance tecnológico de este siglo: el ferrocarril. Las distancias entre un sitio y otro se reducen, así como el tiempo que conllevaban dichos traslados. Es el supuesto triunfo de la razón ilustrada, ya que aparenta “reducir” la distancia entre lo *finito* y lo *infinito*.

Sin embargo, esta “revolución” del reino de la *libertad* sobre el de la *necesidad* y de lo *finito* sobre lo *infinito* es, a la vez, el proceso por el cual el ser europeo reniega de la relación dialéctica que constituye su existencia: la tensión *apasionada* entre universal y particular. Según Levinas, la ontología occidental no es más que una especie de *egología*. Para el autor, el *ser* por el que se preguntaba Heidegger era el “ser occidental”; por lo tanto, toda pregunta que se formulara acerca de *ser* no era más que la reducción de lo *infinito* -la totalidad de la dimensión humana en todas sus expresiones- a lo *finito* -el sujeto occidental- (2012: 22-54). Levinas nos dice que este esfuerzo de *Mismo* por reducir a sí a *Otro* implica la “destrucción” de lo diverso y lo complejo, puesto que si todo es *Mismo*, nada es más que sí mismo (2012: 22-54). En lugar de hablar de “producción” y “reproducción” como procesos de transformación de la realidad y del sujeto, hablaríamos de *imitación*. La vida misma no sería vida si fuese *idéntica* a sí misma todo el tiempo. La vida, para ser, necesita de la muerte: el *ser* de la *nada*. La solución de Levinas para este proceso de violencia sobre el *ser*, es que *Mismo* y *Otro*, como realidades separadas por “lo absoluto”, se permitieran uno al otro *expresarse*, es decir: *ser* sí mismos y *dejar ser* a otros (2012: 22-54).

La clonación: el último reducto de la esperanza de la egología occidental

La clonación, uno de los avances más recientes en el campo científico occidental, nos proporciona el mejor ejemplo de este intento de *Mismo* por reducir a sí a *Otro*. A grandes rasgos, el proceso por el cual se clona a un organismo vivo puede resumirse en: 1) se extrae material genético de una célula o tejido, 2) se inserta ésta “información” en una célula madre “vacía” y 3) se estimula el proceso de “reproducción” de ésta para dar origen a otro ser viviente (Dulbecco, 2005: 125-130). El producto resultante es una *copia* “genética” del primero. En ambos, el ADN es el mismo. Por lo tanto, el ente que resulta de este proceso es *idéntico* al primero.

Según Jean Baudrillard, la técnica de la clonación implica un proceso de *involución* humana (2010: 24-28). El filósofo, siguiendo el pensamiento de Freud, nos dice que la “revolución” que significó el surgimiento de seres sexuados -y, por lo tanto, de seres diversos y complejos- está “retrocediendo” ante el proceso por el cual el ser humano está “liberando” a la sexualidad de sus funciones reproductivas. Éste puede percibirse en dos fenómenos: 1) los métodos anticonceptivos y 2) la fecundación *in vitro*. El primero separa dos elementos claves de la sexualidad: el placer y la reproducción; mientras que el segundo escinde ésta del sexo mismo. Esta involución tiene su máxima expresión en los esfuerzos del ser occidental por llevar a buenos términos la clonación, ya que a través de ella se prescindiría de la sexualidad misma.

Este autor francés nos dice que el ser vivo está impelido por la *nostalgia* de lo “no-vivo”, que ansía “regresar” a aquel estado en el cual la vida y la muerte no definían su “existencia”.² En términos biológicos esto representa el origen de seres pluricelulares a través de organismos unicelulares. La bacteria que se “reproducía” por la *fisión binaria* dio origen a formas de vida de mayor *complejidad*. Este paso de la *fisión binaria* a la *reproducción sexual* es, a su vez, el proceso por el cual lo “no-vivo” se convierte en un ser vivo, ya que es “capaz de morir.” La vida y la muerte son dos caras de la misma moneda (Baudrillard, 2010: 32).

Esta *nostalgia* por lo “no-vivo” se decanta en el anhelo de *inmortalidad* del sujeto moderno. La “liberación” del reino de la *necesidad* a través de la relación *saber/poder* no es más que la “liberación” del ser-finito de su *finitud*. Pero, este intento del sujeto por superar la *finitud* está atravesado por la “reducción” de *Mismo* a sí a *Otro*. La bacteria, al “reproducirse” a través de la *fisión binaria*, lo que hace es dividirse en dos *copias* de sí *misma*; mientras que el ser humano, al reproducirse, lo que realiza es una *síntesis* de dos seres diversos y complejos. En esta reproducción

² Esta tesis está basada en el ensayo de Freud llamado *El principio del placer*, según el cual el “estado primitivo” de todo ser vivo era la *no-vida*.

Mismo y Otro se expresan. Ambos se relacionan a través de la tensión *apasionada* de universal y particular. De su relación surge un “nuevo” *ser*, distinto de los anteriores.

Por lo tanto, la clonación, como técnica por la cual se “produce” un *ser-copia* a través de un *ser-original*, es la máxima expresión de los esfuerzos de la Razón por cobijar en su seno la *angustia* y el *miedo* del sujeto moderno occidental frente a la muerte de lo *absoluto* -dios- y de su propia muerte. Sin embargo, *Mismo*, al “reducir” a *Otro* a sí, cancela la relación existente entre el *ser* y la *nada* que dota de sentido tanto a la vida... como a la muerte. Y la cancela en la falsa *identidad* de lo universal y lo particular. **P**

BIBLIOGRAFÍA:

BAUDRILLARD, Jean (2010). *La ilusión vital*. Madrid: Siglo XXI.

CÉSAIRE, Aimé (2006). *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Ediciones Akal.

DULBECCO, Renato (1999). *Los Genes y nuestro futuro: la apuesta del Proyecto Genoma*. Madrid: Alianza.

FERRÉ, Frederick (2005). “Sobre la reproducción de personas: la ética y la tecnología de la clonación” en *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad-CTS*. Buenos Aires. Vol. II, N° 5.

FOUCAULT, Michael (2009). *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.

HEGEL, Friedrich (1975). “Prefacio” en *Filosofía del Derecho*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

HEGEL, Friedrich (2015). *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.

HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor (1994). “La industria cultural. Ilustración como engaño de masas” en *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Editorial Trotta.

KANT, Immanuel (2009). *¿Qué es la Ilustración?: y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*. Madrid: Alianza.

KANT, Immanuel (2010). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Gredos.

KUSH, Rodolfo (1999). *América profunda*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

LÉVINAS, Emmanuel (2012). *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

MARCUSE, Hebert (1968). *El hombre unidimensional: ensayos sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. México: J. Mortiz.

NIETZSCHE, Friedrich (2010). *La gaya ciencia*. Madrid: Gredos.

SARTRE, Jean-Paul (1966). *El ser y la nada: Ensayo de ontología fenomenológica*. Buenos Aires: Losada.

SARTRE, Jean-Paul (2006). *El existencialismo es un humanismo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial.



Acceso Abierto. Este artículo está amparado por la licencia de Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Ver copia de la licencia en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>